

El sueño de la razón: La utopía del conductista

The Dream of Reason: Behaviorist utopia

Marta González García

CCHS-CSIC

marta.gonzalez@cchs.csic.es

Resumen

En este texto se presentan dos artículos escritos por John Broadus Watson, fundador del conductismo, y dirigidos al público general. A través de ellos se discute el papel de las utopías en ciencia, el contexto social del surgimiento del conductismo y las ideas de los psicólogos de principios del siglo XX sobre las mujeres, la familia y la crianza de los niños.

Palabras clave: Escribe las palabras clave separadas por “;” (Punto y coma)

Abstract

This paper introduces two articles written by J. B. Watson, founder of behaviorism, for a general audience. Drawing upon them, it is discussed the role of utopia in science, the social context of radical behaviorism, and psychologists ideas on women, family and childrearing at the beginning of twentieth-century.

Keywords: J. B. Watson; Radical behaviorism; Science and utopia

Una gloriosa y pasada edad de oro, un presente esplendoroso en algún lugar inexplorado, o un futuro ideal que nos espera a la vuelta de alguna esquina, son los tiempos de la utopía. El modo sólo es uno: el perfecto. La utopía ha formado siempre una buena pareja con la ciencia porque ambas descansan sobre los mismos supuestos del pensamiento occidental, sobre los supuestos de la objetividad, la racionalidad y la universalidad. La ciencia nos dice cómo es el mundo, la utopía cómo debería ser, y ambas confían en la capacidad absoluta de perfección de la humanidad, tanto en su conocimiento como en su comportamiento. El texto de John Broadus Watson, el fundador del conductismo, “¿Debería un niño tener más de una madre?” (1929) es un buen ejemplo de esta afinidad estructural entre utopía y ciencia, y un nexo entre la propuesta teórica del conductismo clásico y su carácter de instrumento social. El otro artículo que lo acompaña, “La debilidad de las mujeres” (1927), complementa la visión que Watson tenía sobre los sexos y sus roles sociales. Juntos, ambos escritos hacen visibles tanto las paradojas del conductismo watsoniano y como las del utopismo científico.

Ciencia y utopía

En las últimas décadas, los estudios sobre la ciencia han explorado el modo en el que factores sociales y necesidades tecnológicas modelan el desarrollo científico dentro de un contexto determinado o, en una formulación más actual, el modo en el que se coproducen el orden social y el orden científico-tecnológico (Jasanoff, 2004). Normalmente, los escritos científicos no muestran sus raíces tecnológicas y sociales, ocultas tras la retórica de la ciencia pura, pero es posible encontrar ejemplos explícitos de la continuidad entre ciencia y sociedad cuando los científicos se dirigen, no a la comunidad académica, sino al público

en general. En estas obras no elaboradas bajo el rígido guión que marca la confección de textos científicos, se hace a menudo patente lo que había permanecido oculto.

Una clase de estos escritos no especializados es particularmente interesante para el estudio de las relaciones ciencia-sociedad. Se trata de los escritos utópicos. Aunque algunos autores señalan que la ciencia moderna y el pensamiento utópico moderno tienen su fecha de nacimiento en la misma época histórica (Davis, 1984), el florecimiento de la utopía científica propiamente dicha, la utopía alcanzada gracias al desarrollo de la ciencia y la tecnología y escrita por científicos activos o escritores con formación científica, tiene lugar con el cambio de siglo, cuando autores como Alexander Bogdanov, H. G. Wells, J. B. S. Haldane, J. D. Bernal, Stanislaw Lem o G. K. O'Neill imaginan un futuro perfecto gracias a la ciencia y la tecnología (Grabner y Reiter, 1984: 241). Frente a otras sociedades ideales: Arcadias, Cockaignes..., donde la excelencia moral de las personas o la abundancia de la naturaleza son las claves de la perfección, en las utopías científicas, la ciencia y la tecnología son los instrumentos de la sociedad ideal.

Desde Platón y la *Utopía* de Tomás Moro, el pensamiento occidental ha recurrido insistentemente a la utopía, no sólo como género literario, sino también como vehículo de transmisión de ideas políticas y anhelos de reformas sociales. La utopía presupone a menudo la naturaleza fija e inmutable de la humanidad (una naturaleza fija en su estado ideal, pero indefinidamente maleable hasta entonces) al imaginar que puede concebirse una sociedad que sea perfecta para todos, que satisfaga a los habitantes de todo tiempo y lugar. Grabner y Reiter (1984: 238) concretan la afinidad estructural entre ciencia y utopía en tres características comunes a los dos modos de pensamiento, el científico y el utópico: globalidad, unidad y ausencia de contradicción (o armonía).

Sin embargo, del mismo modo que se han puesto en tela de juicio las ideas tradicionales de objetividad, racionalidad y universalidad con respecto a la ciencia, en el terreno de la utopía son aún más sospechosas. I. Berlin (1990: 63) sostiene que la idea misma de un mundo ideal en el que todos los valores últimos de la humanidad se encuentren en armonía es una imposibilidad, porque las aspiraciones de diferentes individuos y grupos humanos no siempre son compatibles.

Por esta razón, el utopismo es inherentemente ambiguo y paradójico. De hecho, utopía y antiutopía se confunden de forma que no es fácil a menudo imponer etiquetas ideológicas a discursos que, pretendidamente utópicos, suenan a otros oídos como el peor de los mundos, o viceversa. Skinner pone en boca de Frazier el resumen de la paradoja utópica cuando habla de los habitantes de Walden Dos: "Su conducta está determinada y, sin embargo, son libres."¹

Los inicios del siglo XX son un momento en el que el exacerbado optimismo por el progreso científico-tecnológico y los "imperativos técnicos" surgidos de las necesidades del nuevo orden social hacen que los científicos mismos se interesen por legitimar sus teorías ante el tribunal de la sociedad. Cuando recurrían a la utopía, estaban vendiendo ciencia útil y posibilidades tecnológicas. Construir un mundo perfecto con los instrumentos proporcionados por una ciencia y una tecnología que se veían avanzando a grandes pasos hacia la perfección era una tarea para la que el experto en objetividad, racionalidad y universalidad estaba especialmente capacitado. Algunas utopías científicas de la época son, por ejemplo, J. D. Bernal (1929) y J. B. S. Haldane (1923).

¹ Huxley construyó también una utopía (*Island*, 1962), mucho menos conocida y citada que su antiutopía *Un mundo feliz* (1932). Por otra parte, las biotecnologías y las nanotecnologías pueden considerarse ejemplos actuales de este carácter ambivalente de la utopía y su relación con la ciencia.

Los psicólogos fueron especialmente prolíficos en la elaboración de utopías y, aparte de J. B. Watson (1929), también Stanley Hall (1920), W. McDougall (1921) y H. Münsterberg (1916) propusieron mundos ideales. Galton también escribió una utopía, *Kantsaywhere*, que sólo se publicó fragmentariamente después de su muerte (Morawski, 1984: 100). Aunque todas esas utopías tienen importantes diferencias dependientes de los compromisos teóricos de sus autores (muchas de ellas son claramente eugenésicas y derivadas de posturas hereditaristas en oposición al ambientalismo radical watsoniano), también presentan importantes similitudes derivadas de aquello que comparten: un mismo contexto sociopolítico y profesional.

La utopía watsoniana

La historia de la psicología en los Estados Unidos de principios de siglo está marcada por el movimiento masivo y creciente desde la psicología de corte introspeccionista importada de Alemania hacia una psicología más objetiva y, sobre todo, más aplicada. Esta tendencia general puede explicarse como el resultado de la convergencia de dos factores. El primero, la ideología de la “era progresiva” y su interés en la racionalización de la dinámica social por medio de la ciencia, que provocó el surgimiento de una psicología que tenía como objetivo legitimarse ante el tribunal de la sociedad, y que requería una ciencia aplicada. El segundo es el de los requerimientos profesionales del gremio de psicólogos, que exigían un campo de estudio propio para institucionalizar la psicología como ciencia independiente respecto a sus Escila y Caribdis, la fisiología y la filosofía, lo que parecía precisar una nueva “ciencia pura”.

El conductismo presentado en 1913 por J.B. Watson fue uno de los productos de este contexto social y profesional.² Watson, educado en la metodología objetivista de la psicología comparada e inmerso en el mismo movimiento general que llevaba a los psicólogos a apostar por la utilidad social, creyó por fin poder ofrecer la solución a todos los problemas (académicos, sociales y teóricos) de los psicólogos mediante un simple movimiento estratégico: cambiar sus sujetos animales por sujetos humanos manteniendo todos los presupuestos teóricos y metodológicos intactos. La conciencia, una entidad inaprehensible, y la introspección, un método impreciso, deberían ser sustituidas por la observación y la manipulación experimental de la conducta observable. Mediante este movimiento, Watson parecía ofrecer respuestas aceptables para las necesidades profesionales y sociales: ofreció a unos ciencia y a otros ingeniería. Con las dos frases iniciales de su ponencia fundacional, resume de un modo simple y efectivo las poderosas armas con las que contaba para la defensa de su propuesta: “La psicología tal y como la ve el conductista es una rama experimental completamente objetiva de la ciencia natural. Su objetivo teórico es la predicción y el control de la conducta”. (Watson, 1913: 158).

La vida de J. B. Watson es una vida de novela.³ El punto crítico de una historia plagada de luchas, esfuerzos y dificultades fue el año 1920, cuando se vio obligado a abandonar la vida académica debido al escándalo público originado cuando su primera mujer, Mary Ickes, hizo salir a la luz la apasionada relación de Watson con su alumna y colaboradora Rosalie Rayner (con quien llevó a cabo el experimento del pequeño Albert y con la que se casaría posteriormente). En ese momento, el espíritu conductista reinaba no sólo en psicología, sino también en el resto de las ciencias sociales. Si bien el éxito y la

² Véanse, en general, Burham (1968), Samelson (1981, 1985), O'Donnell (1985).

³ La mejor narración crítica de la historia personal e intelectual de Watson puede encontrarse en Buckley (1989). Cohen (1979) ofrece también una entretenida biografía de Watson, aunque a veces es poco precisa y demasiado apologética. Véase también Karier (1986: cap. 4) y la autobiografía del propio Watson (1936).

recepción del conductismo watsoniano no logra poner de acuerdo a los historiadores de la psicología, al menos la "mayoría silenciosa" de psicólogos aplicados, especialmente en el campo de la educación, recogieron y extendieron su doctrina. Enfrentado al repentino final de su prometedor carrera en la época en la que empezaba a dar forma experimental a su proyecto conductista con sus investigaciones sobre niños, su divorcio parecía devolverle al lugar de donde venía: a la nada.

La historia de Watson responde a la perfección al prototipo estadounidense del hombre "hecho a sí mismo". Nacido en 1878 en un insignificante pueblo de Carolina del Sur, con un padre borracho que abandonó a su familia siendo él aún un niño y una madre fanática de la Iglesia baptista, el joven John Broadus tenía en su mano todas las cartas necesarias para no llegar a ningún lado en la vida. El sueño americano comienza a gestarse cuando llega a Chicago con cincuenta dólares en el bolsillo para estudiar en la universidad, y culmina con el éxito en la agencia publicitaria J. Walter Thompson tras verse expulsado de la universidad. Lo mismo que allí, también en su nueva vida empieza desde cero: haciendo campañas publicitarias de puerta en puerta. En 1924 ya había sido nombrado vicepresidente de la compañía. Durante su trabajo en la J. Walter Thompson, Watson contribuyó a la actual psicología publicitaria. Inauguró lo que Cohen (1979) denomina la etología del supermercado observando la influencia que la disposición de los artículos en las estanterías tiene sobre su índice de ventas, descubrió que un producto anunciado por alguien famoso o respetado (su empresa contrató a la reina Victoria Eugenia para un anuncio de crema Ponds) o por un experto científico (él mismo ejercía de doctor en un anuncio radiofónico de dentífrico) se vendería mejor; y ayudó a la creación de hábitos y necesidades de consumo como el uso diario de desodorante, los polvos de talco para bebés o la pausa para el café a media mañana.

Los éxitos de estas técnicas supusieron para Watson la primera concreción de su ideal de una tecnología social conductista encaminada al control y predicción del comportamiento humano. Esto le animó sin duda a realizar propuestas de control social cada vez más audaces..., y menos fundamentadas. De los años veinte en adelante, se olvidó de una vez por todas de sus ratas y dedicó todo su esfuerzo a la especie humana y a sus propuestas de reforma social. Aunque Watson, siguiendo el ejemplo de Loeb, había dedicado siempre parte de su tiempo a la divulgación de su trabajo en revistas no especializadas, en la última etapa de su carrera su productividad en este terreno aumentó espectacularmente y le proporcionó una considerable fama entre las clases medias-altas de la sociedad norteamericana. Como afirma Buckley (1989: 148), "Watson se convirtió en el primer psicólogo 'pop' de las nuevas clases medias urbanas". En sus artículos divulgativos para revistas populares como *McCall's*, *Harpers*, *Nation*, *Cosmopolitan* o *Liberty Magazine*, sus discursos y conferencias, sus programas radiofónicos... lo que menos parecía importar era el grado de confirmación experimental de sus afirmaciones. Granjas de niños, el futuro del matrimonio, la debilidad de la mujer, la utopía política de un mundo regido por la "libertad conductista"... eran algunos de los temas tratados desde la óptica de su conductismo.

Los escritos populares de Watson constituyen un lugar ideal desde donde rastrear las raíces e implicaciones sociales del conductismo clásico. Por un lado, la teoría conductista se radicaliza hasta el extremo en su presentación al gran público,⁴ de tal modo que tanto sus debilidades como su

⁴ El carácter poco riguroso y especulativo de los escritos divulgativos de Watson parece ser una característica general de la actitud con la que los psicólogos de su época abordaban los problemas sociales. Por ejemplo, según Clarence Karier (1986: 97), Thorndike exponía su trabajo experimental con animales de un modo rígido y preciso, pero "cuando se ocupaba de sistemas sociales complejos, tendía a especular libremente".

dependencia del contexto en el que se origina se nos muestran como si las estuviéramos observando con una lente de aumento. Por otra parte, al funcionar como auténticos mecanismos retóricos mediante los que Watson hacía propaganda de su conductismo, el "mercado" al que éste iba dirigido se desvela explícitamente: el "mercado" que demandaba reformas sociales, científicamente fundamentadas, en el sistema crecientemente industrializado y urbanizado que surgió de las cenizas de la era victoriana.

"Should a Child Have More than One Mother?", la utopía watsoniana, un artículo breve, pero sin desperdicio, que Watson publica en 1929 en una revista de información general, el *Liberty Magazine*, ejemplifica de un modo especialmente representativo el tipo de "psicología pop" practicada por Watson fuera de la rigidez de la vida académica. "¿Debería un niño tener más de una madre?" es la pregunta cuya respuesta rotundamente afirmativa funciona en el artículo de Watson como bisagra entre los males que aquejaban a la sociedad de su época y la vida maravillosa de un lugar llamado Utopía que Watson construye en el más clásico estilo del género.

Tanto en el diagnóstico que Watson realiza de las causas de la infelicidad en la sociedad de su tiempo como en su prescripción de soluciones, la revolucionaria apariencia de radicalidad de sus sugerencias se entremezcla con la defensa de modos de vida y valores absolutamente tradicionales. Así describe Watson la fuente del fracaso de su tiempo en criar niños felices:

Hoy en día las mujeres (las esposas) no tienen suficientes cosas que hacer. Los avances científicos y la producción en masa han hecho que sus tareas sean tan fáciles que les sobra demasiado tiempo libre. Y utilizan ese tiempo en destruir la felicidad de sus hijos. (Watson, 1929: 31).

Los niños no son felices y sus padres tampoco, especialmente las madres, que proyectan sobre sus hijos no sólo su aburrimiento, sino también todas las frustraciones e inhibiciones causadas fundamentalmente por su incapacidad de llevar una vida sexual satisfactoria. Sobre este tema también había escrito en "La debilidad de las mujeres", afirmando que "las biografías como un todo confirman sorprendentemente la visión según la cual la militancia pasa tan pronto como la mujer, por el proceso de ensayo y error, encuentra su ajuste sexual" (Watson, 1927: 10).

Otra de las causas del fracaso de matrimonios y familias era según Watson, como señala Ben Harris (1984: 130), la desigualdad que existía entre maridos y mujeres cuando las parejas, si eran más o menos de la misma edad, alcanzaban la treintena. Watson sostenía que a los treinta años la mujer pierde su atractivo sexual y entra en el ocaso de su vida; para el hombre, en cambio, la mejor etapa física, intelectual y social es la que transcurre entre los treinta y los cuarenta y cinco años. En consecuencia, los hombres, obligados por la naturaleza a sentirse insatisfechos con sus esposas, no pueden evitar caer en el anzuelo de jovencitas expertas en "las artes de la seducción" (en palabras del propio Watson).⁵ La imagen de la mujer que Watson refleja en sus escritos contiene una carga de ideología conservadora mucho mayor de la esperable en alguien que se declara dispuesto a reformar de un modo radical la sociedad comenzando desde sus propios cimientos. Los hombres de Utopía son "tarzanes" que podrían quedarse desnudos en las sabanas africanas y conseguir salir airosos de la situación (Watson, 1929:

⁵ Resulta difícil comprender cómo Watson pudo presentar este conjunto de despropósitos como producto de su supuesto rigor como científico empírico y librarse de la acusación de estar construyendo una justificación *post hoc* de su propia historia personal.

33). Las características definitorias de las mujeres, en contraste, son fundamentalmente las de ser bellas y de mediana o baja estatura (Watson, 1929: 34).⁶ En su Utopía,

no hay mujeres dedicadas a la industria. Allí no son necesarias. Donde se necesitan es en los hogares. En ellos, las mujeres son felices. Los trabajos de mantenerse jóvenes y bellas, útiles, y de aprender la ciencia del hogar, les proporcionan toda la actividad que necesitan [...] Se dan cuenta de que no pueden comerse el pastel y conservarlo al mismo tiempo (Watson, 1929: 34).

La misma imagen del "pastel" que las mujeres desean insensatamente comer y conservar al mismo tiempo aparece también en "La debilidad de las mujeres". Dice allí Watson que "la mayoría de las mujeres que tenían aspiraciones por una carrera han intentado comerse el pastel y a la vez conservarlo" (1927: 10). El problema de las mujeres, su debilidad, no es según Watson innata, dependiente de las limitaciones impuestas por su sexo biológico. Coherentemente ambientalista, Watson identifica la fuente de la debilidad de las mujeres en su educación, en la falta de entrenamiento en hábitos de trabajo, de competición, de manipulación. Y, sin embargo, sigue considerando que su lugar natural, definido desde luego por su sexo, está en el hogar y en la crianza, "una profesión que no requiere menos técnica que ninguna otra".

Para Watson la familia es una institución enferma y, si no se pone remedio, "los hombres no se casarán dentro de cincuenta años" (como rezaba el título de otro de los artículos divulgativos de Watson). En su utopía de 1929 propone una revolución en la institución familiar: aun manteniendo la pareja como núcleo (Watson confiesa creer, pese a todo, en la posibilidad de la monogamia, aunque no se atreve a evaluar su deseabilidad), los niños no se criarían con sus padres naturales, sino que irían pasando de casa en casa y viviendo únicamente un mes en cada una de ellas. De este modo Watson pretendía evitar que adquirieran los malos hábitos que sus padres pudieran tener y que desarrollaran un apego excesivo al convivir demasiado tiempo con ellos. Los niños felices que Watson intenta construir a medida son los niños independientes e individualistas, física y psíquicamente sanos (cualquier signo de debilidad mental o defecto físico en los recién nacidos era rápidamente solucionado mediante el infanticidio), fuertes, trabajadores y con espíritu de sacrificio que se requerían para levantar una sociedad ambiciosa y con prisa, para la que mantener a vagos, neuróticos, débiles, incapaces y demás individuos no productivos era un lujo que podía significar la pérdida de riqueza y oportunidades de crecimiento.

En Utopía, las instituciones que sustentan el poder en las sociedades tradicionales, como el Estado y la Iglesia, desaparecen al perder su función. El control social ejercido por estas instituciones, como el ejercido por la familia tradicional, cumple su papel de un modo imperfecto al no poner en funcionamiento todas las potencialidades de los métodos conductistas de condicionamiento. En la sociedad utópica de Watson son los técnicos conductistas quienes se encargan de tomar decisiones y programar la educación de los niños.

⁶ Un dato acerca de los sentimientos de Watson hacia las mujeres lo proporciona él mismo en su autobiografía (Watson, 1936: 274), cuando confiesa haber sentido su orgullo profundamente herido porque su tesis doctoral fue juzgada inferior a la de Helen Thompson Woolley, que se había graduado dos años antes también en Chicago con un trabajo sobre las diferencias sexuales en el que concluía que dependían más de factores sociales que de factores biológicos. Por otra parte, la carrera de Thompson Woolley, truncada después de su matrimonio, es una muestra de las limitaciones a las que estaban sometidas las mujeres en el mundo académico de principios de siglo. (Véase Buckley, 1989: 45, 195; Furumoto, 1987; García Dauder, 2005).

"Esta Utopía no es propaganda de ninguna 'causa'", afirma categóricamente Watson (1929: 32) nada más traspasar las puertas de su sociedad ideal. Sin embargo, eso es precisamente lo que es, propaganda, y no de una, sino de varias causas convergentes. Es propaganda política de una sociedad "ideal" rígida, tecnocrática y elitista. Es propaganda cientifista, porque supone que la ciencia es el único medio para resolver los problemas de la humanidad y los científicos los únicos capacitados para ofrecer las respuestas a esos problemas (respuestas que incluyen un claro compromiso con determinados valores). Y es propaganda conductista, porque Watson ofrece como solución los "hechos duros" de su conductismo (la absoluta eficacia de los métodos de condicionamiento y la absoluta determinación ambiental del comportamiento humano). Presenta, en definitiva, una verdad científica y una verdad moral que se complementan a la perfección y se legitiman mutuamente.

La utopía de la psicología estadounidense

Watson concibe su sociedad tecnocrática, dirigida por expertos en las leyes de la conducta, como una sociedad racionalizada y, por tanto, libre de las imperfecciones que se cometen cuando se intenta controlar por medio de métodos inadecuados de ensayo y error. Pero una sociedad científicamente construida no es una sociedad no problemática. El recurso a la ciencia de la conducta, aun suponiendo la dudosa efectividad ilimitada de sus métodos, deja abierta una discusión que no puede dirimirse únicamente en el ámbito técnico: la de qué sociedad se pretende edificar.

Aunque en 1917 Watson se había hecho eco de este problema afirmando prudentemente que "actualmente la psicología tiene poco que ver con el establecimiento de estándares sociales de acción y nada que ver con los estándares morales" (Watson, 1917: 329), más tarde renuncia con claridad a esta neutralidad valorativa propugnando abiertamente la eliminación del gobierno y de cualquier tipo de organización democrática y dejando la elección de tales estándares morales a expertos, quienes deberían desarrollar una "ética experimental" basada en los principios de la psicología conductista. Entre las labores de los técnicos estaba la toma de decisiones con tanta carga valorativa como la de qué individuos debían ser sometidos a eutanasia, o la de qué hábitos emocionales y actitudes son deseables y cuáles eliminables. En su Utopía, los ciudadanos de a pie viven en una completa ignorancia de todo tipo de cuestiones políticas y económicas, y absolutamente todas las decisiones deben ser tomadas por los expertos.⁷

Como señala Buckley (1982: 218), "el conductismo, tal como Watson lo veía, estaba al servicio de la autoridad de aquéllos que deseaban un orden social estable y predecible", y la mejor manera de asegurar ese orden era monopolizando el poder y los órganos de decisión de tal modo que no pudiera acceder a ellos cualquiera, sino sólo un reducido número de individuos dotados de cierto "saber especial". La utopía elaborada por Watson (1929) funciona así como puente entre su propuesta teórica, que asegura la viabilidad y deseabilidad de una sociedad tal sobre la base de su carácter científico, y las necesidades sociales y tecnológicas que influyeron sobre su producción, que justifican el interés social de la teoría watsoniana y su implementación por medio de tecnologías sociales.

⁷ Watson creía incluso que el sistema de un jurado compuesto por ciudadanos era un "espectáculo ridículo":

"Los habitantes de Utopía se liberan así del ridículo espectáculo de ver a doce ignorantes pero honrados jurados emitiendo juicios sobre la cordura, la culpabilidad o la inocencia. Creemos que todas esas decisiones deberían quedar en manos de especialistas" (Watson, 1929: 34).

Este mismo papel del pensamiento utópico es también destacable en los escritos de otros psicólogos de principios de siglo, como G. Stanley Hall, W. McDougall y H. Münsterberg (y posteriores, como es el caso de Skinner, 1948).⁸ Todos ellos imaginaron sociedades perfectas y armoniosas guidas por los principios de la ciencia psicológica. Según Jill Morawski (1984), Stanley Hall, McDougall y Watson, aunque proponían teorías muy diferentes (Watson y McDougall se enfrentaron en la "batalla del conductismo"), compartían ciertas visiones acerca de los problemas de la sociedad norteamericana y sus soluciones: la importancia de la educación científica de los niños, el énfasis en la monogamia y la familia nuclear, el papel de la mujer como educadora y guardiana de los valores morales, el del hombre como trabajador competente, la necesidad de "expertos psicólogos" para arreglar los males sociales... Los psicólogos de los años veinte coincidían, aparte de en la ideología cientifista, en que los problemas sociales podían reducirse a los problemas de la dinámica interpersonal o familiar. Todos ellos estaban convencidos de que conseguir sociedades armoniosas y controladas dependía de unas relaciones saludables entre hombres, mujeres y niños (Morawski, 1984: 97).

Las utopías que elaboraron los psicólogos de principios de siglo ilustraban tanto sus suposiciones teóricas como sus ideales normativos acerca de las diferencias sexuales y la familia; suposiciones e ideales cuyo origen no era precisamente "científico" y que, pese a las divergencias teóricas, eran extremadamente similares. El énfasis en la evolución de Hall, en la determinación biológica de McDougall y en la determinación ambiental de Watson constituyen alternativas teóricas radicalmente diferentes que, sin embargo, apuntan en la misma dirección a la hora de planear la reforma social.

Las utopías constituían para los psicólogos un punto de encuentro entre sus intereses profesionales y sociales; intereses que, a menudo, eran difíciles de compatibilizar. Por una parte, las exigencias profesionales para convertir a la psicología en una "ciencia pura" apuntaban hacia una "moral newtoniana": la ciencia como empresa objetiva y desinteresada, libre de valores. Por otra parte, las demandas sociales precisaban que el psicólogo adoptara la "moral baconiana" y pusiera su actividad al servicio del control social (Morawski, 1982). Ambas morales se funden claramente en estos escritos utópicos, que no hacían más que expresar lo que estaba en la mente de casi todos los psicólogos de la época: que la reforma social debía proceder ajustando los individuos a la sociedad, que la psicología era el medio para alcanzar tal ajuste, y que el psicólogo debía ser el experto responsable de llevarlo a cabo (Morawski, 1984: 115).

Las paradojas del conductismo watsoniano

La paradoja de sustentar la firme distinción entre hechos y valores propia de la "moral newtoniana" dictada por el imperativo profesional, sobre una "moral baconiana" que se comprometía explícitamente con determinados valores no es la única paradoja que nos muestra la utopía de Watson. En ella aparecen también otra serie de dicotomías aparentemente excluyentes que conforman el corazón mismo de su teoría conductista.

Conservadurismo vs. Progresismo. El conductismo constituía la psicología de la era progresiva estadounidense. Frente a la ideología del hereditarismo, el conductismo parecía subvertir este orden de cosas recurriendo a la infinita maleabilidad de la conducta humana. Era el mensaje de la igualdad de oportunidades, el mensaje del *American dream*. Sin embargo, el conductismo watsoniano, lejos de

⁸ Véase Morawski (1982) y (1984).

oponerse a la ideología inmovilista del hereditarismo, contribuyó en gran medida a los mismos objetivos que aquél sostenía (González García, 1993).

Maleabilidad vs. Determinismo. En el conductismo watsoniano, la posibilidad liberadora de la maleabilidad queda truncada por el determinismo que el ambiente impone sobre la conducta individual. Un ejemplo de esta paradoja lo constituye el papel de la mujer en la utopía de Watson. Aunque su teoría conductista supone la infinita maleabilidad de la especie humana, en Utopía los roles sexuales están perfectamente definidos y diferenciados. La plasticidad de la conducta humana no parece tener posibilidad de elección en el caso del comportamiento de las mujeres.

Libertad personal vs. Control social. Los escritos populares de Watson parecen revelar también cierto conflicto entre su exaltación de la individualidad y su interés por el control social. Ben Harris (1984: 144) interpreta esta paradoja como expresión de las relaciones conflictivas entre la clase media y las instituciones sociales de la vida urbana moderna (familia, escuela, estado): "éste era un conflicto entre el deseo de sobrevivir de la clase media y la función de esas instituciones como agentes homogeneizantes".

Ambos lados de estas dicotomías (progresismo *versus* conservadurismo, maleabilidad *versus* determinismo, libertad personal *versus* control social) corresponden, según sugiere Harris (1984: 148-149), a las dos lecturas posibles de las tesis watsonianas. Por una parte, el progresismo, la maleabilidad y la libertad personal se ofrecían a las clases medias y altas, que veían en el conductismo un apoyo científico para la creencia de que, con una educación adecuada siguiendo los principios de la ciencia de la conducta, podían llegar tan alto como se lo propusieran. El conservadurismo, el determinismo y el control social, sin embargo, iban dirigidos a la clase trabajadora y a los situados debajo de ella incluidas las mujeres: privados de la necesaria estimulación precoz en su niñez, con ellos ya no se podía hacer otra cosa más que adaptarlos lo mejor posible a sus puestos de trabajo y sus precarias condiciones de vida.

La clave del éxito de Watson como filósofo social tanto de la libertad como de la adaptación reside en el hecho de que puedan encontrarse en su doctrina conductista mensajes tan diferentes. Watson prometió más libertad a los profesionales y los hombres de negocios; más adaptación era el destino de las mujeres, los trabajadores y la mayoría de los niños (Harris, 1984: 149).

La expresión "libertad conductista" que Watson utiliza en *Behaviorism* (1924/1930: 304) es una paradigmática muestra de este conflicto de su pensamiento. Watson declara no poder describir con palabras su "libertad conductista" porque aún es muy poco lo que se sabe acerca de ella; lo que sí puede decirnos, sin embargo, es aquello en lo que no consiste: "no estoy defendiendo aquí la libertad de nada, y menos aún la libertad de expresión" (Watson, 1924/1930: 303). Sí ofrece, sin embargo, una definición de la "felicidad conductista" que reinaba en su Utopía: la completa absorción en la actividad (Watson, 1929: 35). Tener ocupados constantemente a los ciudadanos de su Utopía era para Watson la clave para conseguir su felicidad.

No solamente es posible detectar paradojas en las utopías conductistas. La relación entre ciencia y utopía parece proclive al conflicto. La utopía se presenta al mismo tiempo como guía y obstáculo del proceso de innovación científico-tecnológica. Para algunos autores, los mundos ideales estáticos imaginados por los utopistas representan una seria amenaza para el ilimitado poder de la ciencia (Davis,

1984; Kumar, 1991). Para otros, es el pensamiento utópico el que dirige los pasos de la ciencia y la tecnología: la ciencia avanza por los caminos marcados por la imaginación (Weingart, 1984). Mientras que para estos últimos, la afinidad estructural entre ciencia y utopía da cuenta de la buena relación existente entre ambas, aliadas en el optimismo y el ideal de progreso en el conocimiento y la organización social; para los primeros, la utopía significa el fin de la ciencia porque ya se conoce todo lo que hay que conocer: la ciencia ha terminado y lo único que queda por hacer ya no es descubrir, sino recordar (Davis, 1984).

Pero si la ciencia puede y debe ser dinámica, quizá tampoco sea imposible que la utopía también lo sea. La posibilidad de concebir mundos ideales en los que ciencia y utopía pueden seguir manteniendo su afinidad, pero basada en características dinámicas en lugar de estáticas, gobernadas por la apertura, la negociabilidad y el cambio, podría tal vez evitar ciertos monstruos producidos por el sueño de la razón, pasados, presentes y futuros. Quizá, como afirman Grabner y Reiter (1984: 254), "no sea utópico imaginar utopías centradas en ideas como la pluralidad y la capacidad de vivir con contradicciones, en las que la ciencia aún tenga un lugar".⁹

Referencias

- Berlin, I. (1990). *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona: Península, 1992.
- Bernal, J. D. (1929). *The World, The Flesh and the Devil: An Inquiry into the Future of the Rational Soul*. Londres: Jonathan Cape, 1970.
- Buckley, K. W. (1982). The Selling of a Psychologist: John Broadus Watson and the Application of Behavioral Techniques to Advertising. *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 18: 207-221.
- Buckley, K. W. (1989). *Mechanical Man: John Broadus Watson and the Beginnings of Behaviorism*. Nueva York: Guilford Press.
- Burnham, J. C. (1968). On the Origins of Behaviorism. *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 4: 143-151.
- Cohen, D. (1979). *J. B. Watson: The Founder of Behaviourism*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Davis, J. C. (1984). Science and Utopia: The History of a Dilemma, En E. Mendelsohn y H. Nowotny (Eds.). *Nineteen Eighty-Four: Science between Utopia and Dystopia* (pp. 21-48) (Sociology of the Social Sciences, vol. 8). Dordrecht: Reidel.
- Furumoto, L. (1987), On the Margins: Women and the Professionalization of Psychology in the United States, 1890-1940. En M.G. Ash y W.R. Woodward (eds.) (1987), *Psychology in Twentieth-Century Thought and Society*, Cambridge/Nueva York: Cambridge University Press.
- García Dauder, S. (2005), *Psicología y Feminismo. Historia olvidada de las mujeres pioneras en Psicología*. Madrid: Narcea.

⁹ Este puede ser el caso de las utopías feministas, un género que Charlotte Perkins Gilman institucionaliza con *Herland* (1915). Aunque es debatible si la utopía puede considerarse un subgénero de la ciencia-ficción, el desarrollo reciente de la ciencia-ficción feminista podría también proporcionar buenos ejemplos.

-
- Grabner, I. y W. Reiter (1984), Meddling with 'Politicks': Some Conjectures about the Relationship between Science and Utopia. En E. Mendelsohn y H. Nowotny (Eds.). *Nineteen Eighty-Four: Science between Utopia and Dystopia* (pp. 253-259) (Sociology of the Social Sciences, vol. 8). Dordrecht: Reidel.
- Gilman, Ch. P. (1915). *Herland*. Nueva York: Pantheon, 1979.
- González García, M. I. (1993). El conductismo watsoniano y la polémica herencia-ambiente. *Psicothema* 5/1: 111-123.
- Haldane, J. B. S. (1923). *Daedalus, or the Future of Science*. Londres: Chatto & Windus.
- Hall, G. S. (1920). The Fall of Atlantics. En *Recreations of a Psychologist*, Nueva York: Appleton.
- Harris, B. (1984). 'Give Me a Dozen of Healthy Infants...': John B. Watson's Popular Advice on Childrearing, Women, and the Family. En Lewin, M. (Ed.). *In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes* (pp. 126-154). Nueva York: Columbia University Press.
- Jasanoff, S. (Ed.) (2004). *States of Knowledge. The co-production of science and social order*. Nueva York: Routledge.
- Karier, C. (1986). *Scientists of the Mind*. Chicago: University of Illinois Press.
- Kumar, K. (1991). *Utopianism*. Buckingham: Open University Press.
- Nowotny, H. (1984). Science and Utopia: On the Social Ordering of the Future. En E. Mendelsohn y H. Nowotny (Eds.). *Nineteen Eighty-Four: Science between Utopia and Dystopia* (pp. 3-18) (Sociology of the Social Sciences, vol. 8). Dordrecht: Reidel, pp.
- McDougall, W. (1921). The Island of Eugenia. En *National Welfare and National Decay*, Londres: Methuen.
- Morawski, J. G. (1982). Assessing Psychology's Moral Heritage Through Our Neglected Utopias. *American Psychologist*, 37: 1082-1095.
- Morawski, J. G. (1984). Not Quite New Worlds: Psychologists' Conception of the Ideal Family in the Twenties. En Lewin, M. (Ed.). *In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes* (pp. 97-123). Nueva York: Columbia University Press.
- Münsterberg, H. (1916). *Tomorrow: Letters to a Friend in Germany*. Nueva York: Appleton.
- O'Donnell, J. M. (1985). *The Origins of Behaviorism. American Psychology. 1870-1920*. Nueva York: New York University Press.
- Samelson, F. (1981). Struggle for Scientific Authority: the Reception of Watson's Behaviorism. 1913-1920. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 17: 399-425.
- Samuelson, F. (1985). Organizing the Kingdom of Behavior: Academic Battles and Organizational Policies in the Twenties. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 21: 33-47.
- Skinner, B. F. (1948). *Walden Dos*. Barcelona: Martínez Roca, 1984.
- Watson, J. B. (1913). Psychology as the Behaviorist Views It. *Psychological Review*, 23: 158-177.
-

- Watson, J. B. (1917). An Attempted Formulation of the Scope of Behavior Psychology. *Psychological Review*, 24: 329-352.
- Watson, J. B. (1924/1930). *Behaviorism*. New York: Norton, 1970.
- Watson, J. B. (1927). The Weakness of Women. *Nation*, 125/3235: 9-10.
- Watson, J. B. (1929). Should a Psychologist Have More Than One Mother?. *Liberty Magazine*, June 31-35.
- Watson, J. B. (1936). John Broadus Watson. En: C. Murchison (ed.) (1936), *A History of Psychology in Autobiography*, volumen II, Worcester, MA: Clark University Press.
- Weingart, P. (1984). Eugenic Utopias –Blueprints for the Rationalization of Human Evolution. En E. Mendelsohn y H. Nowotny (Eds.). *Nineteen Eighty-Four: Science between Utopia and Dystopia* (pp. 173-187) (Sociology of the Social Sciences, vol. 8). Dordrecht: Reidel.

Formato de citación

González, Marta (2009). El sueño de la razón: La utopía del conductista. *Athenea Digital*, 15, 181-192.
Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/639>.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)